

La Memoria de los Ancestros. El arte rupestre de Arroyo Seco, Guanajuato*

El libro en cuestión reúne muchos y arduos años de trabajo en la región del nororiente de Guanajuato; destaca especialmente en el tema del arte rupestre, como se indica en el título, si bien las investigaciones abordaron otros temas. La edición consta de dos tomos, el primero concentra toda la parte de indagación y el segundo contiene fotografías de extraordinaria calidad que complementan la primera parte. Para enfatizar puntualmente sus aportes, me permito dividirlo en las siguientes secciones.

Sobre el arte rupestre. Los autores inician el acercamiento del lector al tema del arte rupestre de una manera muy amena y ligera, lo hacen mediante una pequeña narración en la que intervienen personajes que sí existieron en la historia de la región, cuya función es la de ilustrar el papel de quienes conocían el arte del pintar, el por qué, el cómo y el dónde. Es muy acertado haberlo empezado así, porque es una manera de *humanizar* a los responsables de esas pinturas, acercarlos al público general

para presentarlos como personas más allá de considerarlos “gente antigua”, “indios”, o cualquiera otra connotación alejadísima de ser alguien que se agita para subir a lo alto de una montaña.

La investigación histórica. Es plausible el hecho de que los autores no se hayan limitado a presentar una vasta descripción de su objeto de estudio, sino que hayan incluido una notable revisión de las fuentes históricas de y cercanas a la región en la que han estado durante tantos años; ello les permitió armar un panorama histórico de quiénes fueron los habitantes, desde una perspectiva panregional. Dicho de otra manera, no se centraron únicamente en “su región”, sino que ampliaron el rango geográfico de análisis, estrategia pertinente para entender a cabalidad a la gente que vivió ahí en tiempos antiguos, quienes además compartieron modos de vida con otras sociedades que habitaron en los actuales estados de Querétaro y San Luis Potosí. Este punto de partida les sirvió de base para hacer analogías y establecer vínculos en una escala mucho mayor que el nororiente guanajuatense; asimismo, analizar a las sociedades de esa gran zona conocida actualmente entre los arqueólogos y otros investigadores como el centro-norte de México.

* Carlos Viramontes Anzures y Luz María Flores Morales, *La Memoria de los Ancestros. El arte rupestre de Arroyo Seco, Guanajuato*, Instituto Estatal de la Cultura Guanajuato/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Ediciones La Rana, México, 2017.

La metodología. Los autores han desarrollado una metodología propia a lo largo de varios años de trabajo. Empezaron, como señalan en su libro, con el registro mediante calcas, dibujos y fotografías, hasta llegar a las tecnologías actuales, con una sofisticación tal que les permitió utilizar los recursos computarizados y la fotografía digital para examinar con detalle cada motivo rupestre. Con fundamento en este trabajo, como parte de sus resultados han aportado bases de datos, así como un cuidadoso registro y análisis de cada elemento en distintas escalas, de lo general a lo particular, que resultan muy útiles como fuentes de información para los interesados en el tema. Cada avance obtenido durante este proceso está respaldado en numerosas publicaciones referidas en la bibliografía; ahora este libro profusamente ilustrado, evidencia y justifica la necesidad de emplear esas tecnologías. Sólo con las imágenes se entiende cabalmente la ventaja de echar mano de los recursos digitales para ver detalles que no se aprecian a simple vista. Y desde luego, los autores nos acercan a este patrimonio rupestre que difícilmente podríamos visitar sin un guía.

No sobra señalar que como científicos, los autores incluyen una seria discusión sobre el por qué ellos adoptan la delimitación conceptual “arte rupestre”, en contraposición a otras denominaciones a este tipo de manifestación cultural material.

La región. Del vasto territorio del estado de Guanajuato, los autores se concentran en el lado nororiente, región en la que se halla 62% de los sitios arqueológicos registrados en todo el estado, y de éstos, casi 35% se ubica en el Valle de Victoria, en la Sierra Gorda, la zona que los autores tratan en este libro.

El paisaje. Viramontes y Flores hacen una descripción amplia del paisaje que constituye la región bajo estudio. Se trata de un típico paisaje de semidesierto en donde la aridez es una característica sobresaliente y con ésta, la notable diversidad de la flora asociada, entre la que destacan las cactáceas; por supuesto, también se ocupan de la fauna. Subrayan también las formaciones topográficas generadas hace miles de años, que han estado bajo la influencia de la lluvia, del sol intenso, de las temperaturas contrastantes de noche y de día, de las corrientes del viento; en fin, en este paisaje semidesértico la naturaleza ha perfilado cuevas, covachas, abrigos rocosos, salientes, paredones y cañadas, que los antiguos habitantes aprovecharon para plasmar sus obras.

Personalmente, me pareció un gran acierto que los autores dedicaran espacio, esfuerzo y atención a describir dicho paisaje; más aún, que lo consideraran como *un actor* entre los demás actores sociales de la época prehispánica y no sólo como un escenario que dio cabida a los seres humanos. Parece una obviedad, pero precisamente por pare-

cerla, muchas veces se deja de lado su influencia e importancia en la vida de la gente que habitaba en ese lugar, la que había desarrollado un profundo conocimiento de su entorno ambiental. Visto así, el paisaje se torna un integrante más de las sociedades que ahí moraron, al que se le respetaba —entre otras razones— por proveerles del sustento cotidiano. Por supuesto, también dieron cabida a los astros, particularmente al Sol y la Luna, cuya influencia en el paisaje se reconocía igualmente como determinante.

En este sentido, el paisaje era esencial y constituyente de su *realidad vivida*, como diría Raymond Williams,¹ y al mismo tiempo el marco del *mundo otro*, concepto que los autores retoman de Perrin para referirse a todo aquello que se ve, pero también a aquello que no se ve y que comparte el mismo espacio, el mismo mundo, si bien en otra realidad intangible pero representable, invisible pero presente.

De la región del nororiente de Guanajuato, entonces, Carlos Viramontes y Luz María Flores señalan que el valle intermontano de Victoria, denominado Arroyo Seco, resulta un espacio geográfico ideal para percibir el paisaje y considerarlo como una suerte de gran lienzo, aprovechado en sus diversas formas topográficas para plasmar el arte rupestre.

¹ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Ediciones 62, Barcelona, 1980.

Los diseños. Los investigadores hacen un análisis de la diversidad temática de los diseños que plasmaron los antiguos habitantes de Arroyo Seco. En orden de importancia, señalan, están las representaciones humanas, elaboradas con poli y monocromía; seguidas por las de plantas y animales, y finalmente las otras en las que se incluyeron círculos, puntos, rayos,² líneas y demás.

Entre las representaciones humanas, resultan de particular interés aquellas que muestran actividades colectivas, específicamente algo que Viramontes y Flores pudieron asociar con la información procedente de fuentes históricas; se trata de las festividades o *mitotes*. Éstos eran fiestas que incluían danzas y cantos alrededor de una gran hoguera, en los que participaban hombres y mujeres dispuestos en círculos concéntricos, muy juntos (panza con espalda, escribió un cronista), que duraban toda la noche. A fin de aguantar toda la jornada, los bailarines ingerían peyote. Para estas danzas, los participantes se pintaban el cuerpo de colores: negro, rojo, amarillo, blanco, los que ha sido posible reconocer incluso en las pinturas rupestres. Muchos de los motivos antropomorfos están ataviados, asimismo, con tocados que los autores han podido vincular con imágenes de

² Los “rayos” en el arte rupestre no son líneas quebradas como las que se usan convencionalmente en los dibujos o caricaturas, sino líneas rectas que se trazan de dentro hacia fuera.

algunos códices, lo cual muestra una clara pervivencia cultural.

Estas festividades tenían como objetivo, apuntan los autores, la cohesión social entre diversos grupos humanos, quienes se reunían periódicamente para festejar la estación de la abundancia, para llevar a cabo ritos de iniciación, de defunción, bélicos, o bien para destacar un suceso inusual, como el paso de un cometa, e incluso para invocar la salud; también para regenerar alianzas. Un ejemplo de la efectividad de dichas alianzas se mostró durante la conquista española, pues les permitió hacer frente a los hispanos durante más de doscientos años, incluso durante la invasión de los otomíes aliados a ellos, hasta que finalmente fueron atacados con espada y fuego con miras al exterminio, en el siglo XIX (la prensa nacional dio cuenta de ello).

La consistencia de la práctica de hacer arte rupestre. Esta investigación muestra que la práctica del arte rupestre no llegó a su fin con la conquista española, antes bien se continuó durante el periodo colonial, en una suerte de refuncionalización: con cambios en los diseños, en los colores y en el lugar en donde los plasmaron. Los motivos que dieron cuenta de esta modificación temporal y cultural incluyen una diversidad de cruces, símbolo católico. La pintura rupestre se practica aún hoy en día; sin embargo, al parecer se perdió el conocimiento de la técnica, de manera que los nuevos diseños son efímeros.

El rol del arte rupestre. Este punto se refiere a la postura de los autores con respecto a la presencia del arte rupestre —profuso, prolijo— en la región de Arroyo Seco, tanto en aquellos lugares de fácil acceso como en los de paso restringido, como una práctica perteneciente al ámbito simbólico. Es decir, ellos proponen que esta pintura se dedicó mayormente a los ritos y por ello mucho de lo plasmado *no refleja la vida cotidiana*, antes bien se trata de mensajes para los iniciados, para los chamanes, para los mensajeros, para los intermediarios cuya intervención vinculaba el mundo real con el *mundo otro*, con el intangible. Para ello, como quedó dicho, era necesaria la ingesta de sustancias alucinógenas (principalmente peyote), de ahí la aparente heterogeneidad de lo plasmado, que vista bajo la lupa de lo ritual, permite entender al arte rupestre como comunicación con las entidades de la naturaleza.

No sobra señalar que otra de las contribuciones del libro son las fotos en sí mismas, que resultan increíbles. El libro es, pues, una fuente de consulta importantísima para acercarse al estudio del tema, de la región y de la explicación de esta manifestación cultural.

Magdalena Amalia García Sánchez
El Colegio de Michoacán